**Viernes VI del TO
Ciclo C**

18 de febrero de 2022
St 2, 14-24.26
Sal 111
Mc 8, 34-9,1
*P. Eduardo Suanzes, msps*

Ayer nos decía el Evangelio que Jesús había enseñado con toda claridad a los Doce en qué consistía su mesianismo: él iba camino de Jerusalén a entregar la vida y a resucitar después. No es él ningún fanático impulsado por ninguna ideología: lo que le mueve es el amor por la humanidad.

Decíamos que la falta de reacción de Pedro y el resto de los discípulos ante esas palabras, que no reconocían su error ni expresaban su arrepentimiento por su oposición a la predicción de Jesús, nos preparaba para los episodios siguientes. El primero es este, el de las condiciones para seguir a Jesús.

Y para que no quede ningún tipo de duda, no solo se dirige a los Doce; ahora se dirige a los suyos, a los que le siguen en general, para evitar cualquier malentendido: ahora todos saben en qué consiste su mesianismo. A los Doce y a los seguidores de Jesús de todos los tiempos van dirigidas estas palabras centrales del evangelio.

Esto es tan trascendente que hay que optar. No caben las componendas. No se puede amar sin donarse, no se puede ser pobre y rico a la vez, no se puede servir a Dios y al dinero, no se puede perder queriendo ganar, no se puede ser último desde arriba, no se puede ser servidor dominando... La llamada al seguimiento es una llamada por ponerse a vivir, a encontrar la vida, la luz, la salvación. Hoy diríamos que es una llamada para andar un camino que va a dar sentido pleno a la vida. Y ese «encontrar el sentido» de la vida implica apostar por la vida dejando atrás todo lo que signifique muerte, cerrazón y ataduras. Y paradójicamente se trata de ¡entregar la vida!

En definitiva, no se puede seguir a Jesús, no se puede acceder al ámbito del amor universal e incondicional que Dios es (eso el Reino o Reinado de Dios) más que desde el amor. Y el amor sólo es tal cuando «se hace», cuando «se vive», cuando es donación, cuando uno se abre a sí mismo para que otros entren en él mismo. Este abrirse/donarse sin prevenciones entraña un riesgo: deja a quien se abre en posición de fragilidad, de inferioridad, de vulnerabilidad. Pero quien se arriesga a ello va a encontrar la salvación (hoy decimos el sentido de la vida, la plenitud del ser).

Marcos resume todo ello en el texto del evangelio de hoy, donde queda patente este riesgo, esta «carga», esta donación y entrega que, sin embargo, acarreará el logro de la vida. Es la paradoja de Jesús de «perder es ganar»

Y es que la cruz no sólo será un símbolo cristiano, sino que era la más conocida forma de ejecución romana, símbolo por tanto de violencia y muerte, y así la utilizan autores paganos como el filósofo estoico Epicteto[[1]](#footnote-1), que dice a sus discípulos: «Si quieren ser crucificados, esperen y la cruz vendrá»[[2]](#footnote-2). Jesús, que empleaba muchas veces paradojas y metáforas escandalosas, utilizó este símil para indicar lo que significa «negarse» o «renegar de uno mismo»: decirse «no» como centro de la propia existencia con tal radical severidad que ese compromiso podría ser comparado con la más atroz y humillante de las muertes (la cruz).

Por tanto para andar ese camino de salvación, el discípulo debe empezar por «renegar de sí mismo» o «negarse a sí mismo». Hoy a esto lo llamamos «trascender el ego», o «domar el deseo», es decir, superar el determinismo que nos ata a pulsiones y deseos que arrastran a la persona. La negación de sí mismo no indica un desprecio hacia el ser personal sino, al contrario, una potenciación del «ser» personal que está por encima de los instintos o pulsiones. A diferencia de otras sabidurías antiguas que propugnan el abandono del mundo, la enseñanza y la praxis de Jesús fueron desde la valoración del mundo, de la vida y de las personas. Jesús señaló que «vivir» no puede consistir en hacer lo que uno quiera-apetezca (lo que dicte mi ego) sino que hay que optar por el amor que Dios es y que cada uno es. Y eso no es cómodo sino arriesgado.

Es por ello que quien quiera seguirle en el camino de la vida, deberá «cargar con su cruz». El texto no dice que el discípulo deba cargar con la cruz de Jesús (no dice «cargue con mi cruz») sino con la suya propia. El discípulo deberá hacer su propio camino, como Jesús hizo el suyo. Seguir a Jesús, «estar con él», implica acompañarle y entrar con él en el Reino (que más que un lugar es una dimensión existencial). Y quien entra en el Reino se convierte en donador del propio ser sin esperar nada a cambio, se rebaja de su rango hasta hacerse último y servidor, relativiza toda norma o comportamiento que no sirva al amor, toca a quien no se debe tocar, habla con quien no se debe hablar, se identifica con postrados, pecadores y marginados, y proclama que lo que perpetúa la postración debe cambiar. Jesús hizo eso. Los discípulos deberán también hacer en su propia vida eso. Y «eso» va a encontrar oposición, rechazo y «pérdida» (pérdida desde el punto de vista del ego, diríamos hoy). Eso va a ser una carga, una cruz.

Quien no esté dispuesto a hacer eso está optando por «ganar», por salvaguardar la propia seguridad, las propias ambiciones y deseos egóicos, dejando que las cosas sigan como están, sumidas en su radical injusticia (o desamor). A los ojos del criterio egoico, quien opte por andar su camino como Jesús anduvo el suyo va a malperder su vida: va a perder la satisfacción de deseos materiales, de rango o de aprecio dentro del grupo familiar, religioso y social imperantes. Su vida no se verá «bendecida» al estilo de los patriarcas del Antiguo Testamento con el progreso material y con una larga edad y descendencia, sino al contrario. Pero, bajo esa "pérdida" se esconde la paradoja del «logro» de la vida en su sentido más hondo: el hallazgo del sentido de la vida y la plenitud del ser más allá de toda contingencia (incluida la muerte). Perder la vida por la «buena noticia» que es y muestra Jesús, es una paradójica «buena noticia»[[3]](#footnote-3)

Si la vida cristiana está configurada por el seguimiento de Jesús, quiere decir que toda ella está afectada por ese dinamismo de pérdida/ganancia y todos estamos convocados a entrar en un juego que debería convertirse en una de las señales de identidad cristiana, algo que la hace diferente de otras opciones de vida. Cristianos serían aquellos hombres y mujeres que, como respuesta a una llamada, desean pensar y sentir como Dios mismo y, a causa de Jesús y de su Evangelio y por la alegría de haberlo encontrado, están dispuestos a entrar en el juego perder/ganar.

No es fácil aceptar que el negarse a sí mismo sea una condición inevitable del seguimiento, su condición de verificación, la única a la que se otorga capacidad de autentificar el deseo inicial, y se pide al «candidato a discípulo» de manera tajante y sin rodeos es que se decida a ello. Jesús recurre para «justificarlo» a una especie de sabiduría proverbial, pero se trata de una sabiduría absolutamente novedosa que no ofrece más garantía que un «por mí y por el Evangelio», que convierte su persona en la referencia última y definitiva. Recurre al término ganancia pero, como en un juego de despropósitos, pérdida y ganancia se han intercambiado sus papeles y hay que entenderlas al revés, sin más apoyo ni garantía que la propia palabra de Jesús y su modo peculiar y selectivo de interpretar la vida.

Jesús está proponiendo algo totalmente un extraño y peligroso juego: romper con cualquier búsqueda codiciosa y obsesiva de ganar, poseer, conservar y, en lugar de ello; nos está proponiendo que nos arriesguemos en un camino inverso de perdida, derroche y entrega. Es necesario que estemos dispuestos a romper con nuestras ideas y a poner en cuestión casi todo lo que creemos que nos da segundad.

Jesús sabe perfectamente el deseo más hondo que se esconde en nuestro corazón: el de vivir, retener y poner a salvo el tesoro de la propia vida. Pero también es consciente de lo equivocados que pueden ser los caminos de conseguirlo y por eso nos propone el suyo. En realidad nos está diciendo que que quiera seguirlo va a llevarle a la ganancia por el extraño camino de la perdida. Este es el camino de Jesús y él no conoce otro. Y Jesús propone este camino porque esa es la naturaleza profunda del ser humano: el ser humano alcanza su plenitud cuando es capaz de entregarse por amor a sus hermanos Lo que Jesús está diciendo es que la cruz (la entrega por amor) se adapta a nuestra naturaleza como un guante[[4]](#footnote-4).

1. Filósofo griego (55-135 d.C.) de la escuela de los estoicos [↑](#footnote-ref-1)
2. Epicteto, *Disertaciones, Diatribas o Discursos 2.2.20* [↑](#footnote-ref-2)
3. Sixto Iragui Aguianga, *El Jesús histórico*. *Las exigencias del seguimiento para los discípulos*. Madrid 2009 [↑](#footnote-ref-3)
4. Cfr. Dolores Aleixandre. *Contar a Jesús. Lectura orante de 24 textos del Evangelio.* Ed. CCS. Madrid, 2004. [↑](#footnote-ref-4)